

Miguel Cortés Arrese, *Paisajes del románico en tierras de Castilla*, Nausícaä, col. Imago, 2022, 200 p. ISBN: 978-84-87087-95-0

Bajo su armazón épico, el *Cantar de Mio Cid* contiene los elementos fundamentales de un libro de viaje. Decenas de topónimos, anécdotas y rasgos del paisaje aderezan el periplo del héroe castellano desterrado, desde el solar burgalés hasta las orillas del Mediterráneo, definiendo un trayecto que ha engendrado, en la España de nuestros días, un «Camino del Cid». No es ahora el momento de profundizar en la veracidad de los datos aportados, de aislar lo real de lo ficticio, pero por encima de todo ello, a menudo parece que el enigmático autor de tan honorables versos hubiera transitado por aquellos vados y veredas en busca de las pisadas aún tibias de Rodrigo Díaz de Vivar.

El recuerdo del Medievo atravesó la Edad Moderna con más penas que gloria, pero fue intensamente revitalizado, amplificado e incluso idealizado a partir del ochocientos. Es así como el Cid del *Cantar*, revestido de una mitificación excesiva, llegó a ser entendido como emblema de lo hispano y de una pretendida historia nacional. Mientras tanto, las tierras de Castilla, prolijas en ruinas y extenuadas por el paso de los siglos, pero estimadas cual germen o médula de España, también comenzaron a ser foco de admiración y destino preferente de diversos artistas y eruditos. Figuras como las de Antonio Machado, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, José Martínez «Azorín», Camilo José Cela, Joaquín Sorolla y Aureliano de Beruete, por ofrecer solo algunos nombres, son el vivo ejemplo de dicho fenómeno.

La nueva propuesta literaria y científica del catedrático Miguel Cortés Arrese, que fluye ágil y amena por los *Paisajes del románico en tierras de Castilla*, no solo evidencia los vastos conocimientos del autor en las cuestiones históricas y artísticas, sino también una loable capacidad a la hora de ensamblar sus impresiones sobre el paisaje castellano con aquellas que proporcionaron otras personalidades de nuestra cultura en las décadas y siglos previos. Gracias al hábil manejo de este recurso, presente y pasado desfilan por las doscientas páginas de la obra de forma pulcra y conciliada, conectados por una emotividad que poco o nada entiende de barreras temporales.

El volumen está estructurado en cuatro apartados que proporcionan el necesario encuadre espacial al viaje literario y artístico que propone Cortés Arrese. Estos, a su vez, se fragmentan en secciones menores que se conciben como pequeñas etapas a través de las cuales el lector es conducido desde las venerables urbes hasta las más extenuadas aldeas; del rumor de «las augustas y solemnístias ciudades de Castilla» hasta aquellos lugares «donde sólo llegan la oveja y el cardo, últimos habitantes de lo inhabitable». Son estos rincones remotos y poco poblados, de hecho, los que gozan de una mayor presencia tanto en la gesta medieval como en el relato actual, así que no parece una casualidad que la portada de este trabajo, tratado con el esmero que caracteriza a la editorial Nausícaä, se colorea con una otoñal y románica instantánea de una antigua villa fortificada que hoy agoniza malherida por el fantasma del olvido: la soriana Caracena.

Bajo evocadores rótulos como «se va ensanchando Castilla», «el navío anclado en un cerro solitario» o «la catedral oliveña y rosa», el texto va revelando un paisaje que no es un mero decorado, sino un contenedor y transmisor de emociones que invita a la meditación, modula el ánimo y excita el talento. Un horizonte salpicado de moribundas fortificaciones, como las de Gormaz, Inesque y Pelegrina, que reviven historias de frontera y señoríos marchitos; de caseríos aferrados a iglesias centenarias que expresan en su piel una espiritualidad, una forma de ser y de entender el mundo. Cuando de estas últimas se trata, Cortés Arrese describe con esmero, si los hay, todos aquellos detalles que remiten a los tiempos en los que se fragua el relato épico cidiano. Son templos recios, ornamentados con mesura en sus elementos más distinguidos. Bien orientados, a veces porticados y en otras ocasiones herméticos como un sepulcro. Iglesias que aún tocan a muerto o de huérfanas espadañas, cual ciclopes ciegos, diría Julio Llamazares, «cuya única razón de pervivencia fuera mostrarle al cielo la sinrazón de un ojo ya vacío».

Los paisajes reflejados en el *Cantar* a través de voces y pequeños jirones no son un mero ornato literario, observa Azorín, sino destellos de gran potencia emotiva que participan de la propia épica narrativa. Tampoco lo son, como cabría esperar, en el libro del profesor Cortés Arrese. En este caso, las expresiones arquitectónicas del románico que salpican las tierras burgalesas, sorianas y guadalajareñas se erigen en las actrices principales de un texto vibrante, donde la piedra humanizada forma parte de unas panorámicas anchurosas que estimulan el adjetivo explicativo o el verso rimado, con toda clase de combinaciones y resultados, pero que ante todo encierran retazos de memoria. Los campos ardientes, el aire azul de la llanura, el encanto floreal o el trugal

amarillo, ataviados y moldeados por los distintos meses del año. Las alturas de la Sierra de Pela o el cidiano cerro de Torreplazo, y las bajuras del Duero, el Henares o el Jalón. Y, en íntima comunión con todo aquello, las casas derrengadas, las gentes de complejión tormentosa, los puentes de despiertos ojos, las calles que invitan al sonambulismo, las soportaladas plazas y las torres alerta de las parroquias.

La suerte de peregrinación iniciática que ofrece *Paisajes del románico en tierras de Castilla* se inicia en Vivar del Cid, cuna del héroe medieval, y se detiene en la «ciudad imaginaria» de Medinaceli, que aún en tiempos de Ortega y Gasset era considerada la patria chica del autor del *Cantar*. La efervescente Burgos, el monasterio de Cardeña, San Esteban de Gormaz, Calatañazor, la antiquísima Tiermes, Atienza y su *peña muy fort*, Jadraque y la episcopal Sigüenza, entre otros tantos lugares, jalonan una ruta donde no solo se describen los enclaves de mayor abolengo, sino también un rosario de pequeñas localidades sin las cuales no sería posible descifrar la idiosincrasia castellana. Alcozar, Pedro, Castillejo de Robledo, La Miñosa, Saúca y Alcuneza, cuyos vecindarios reunidos no llegan a sumar los doscientos cincuenta habitantes, son varias muestras de ello. Camina también el autor por los despoblados de Castril, Navapalos y Matas del Ducado, que representan la cara más desoladora del relato: el epitafio, con nombres propios, de las víctimas de una pandemia silenciosa, el éxodo rural, que va desmoronando de forma impune algunas almenas de la historia y una parte de lo que somos.

Buscando, pues, la dialéctica entre la época del *Cantar de Mio Cid*, los horizontes por los que el héroe cabalgó y el arte que floreció por aquellas regiones del inmenso país castellano, Cortés Arrese nos descubre una diversidad de rincones plagados de historias, tradiciones y testimonios materiales. Lugares donde habita una memoria «que proyecta en la mirada sombras de antaño y reconstruye recuerdos». Conducidos, capítulo a capítulo, por su agudo verbo, las atinadas referencias a otros autores y obras, y treinta y seis imágenes seleccionadas, adquirimos «conciencia del Duero», cruzamos las «fronteras del Henares» y recorreremos los «caminos de Sigüenza», descubriendo un terruño, el del Cid, que se transforma con el cambio de las estaciones, como las labores del mensario medieval, ante los ojos impasibles de un románico sobrio y milenario, de estirpe celtibérica.

José Arturo Salgado Pantoja
Universidad de Castilla-La Mancha
E-mail: josearturo.salgado@uclm.es
ORCID: 0000-0001-9198-0937